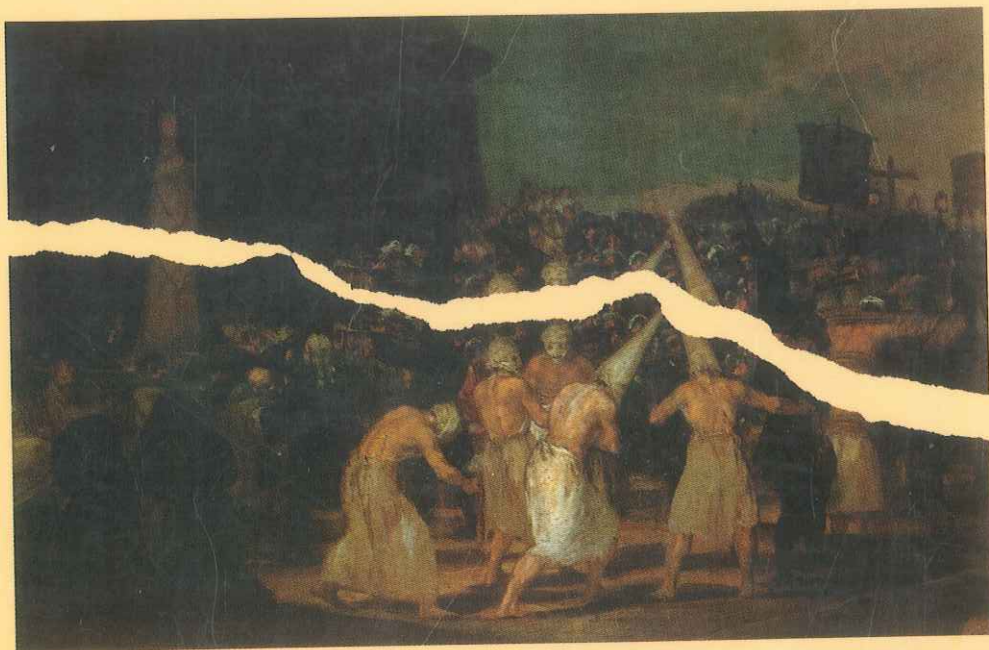


LEÓN CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ  
CARMEN M<sup>a</sup> CREMADES GRÑÁN  
(Eds.)

# MENTALIDAD E IDEOLOGÍA EN EL ANTIGUO RÉGIMEN



II REUNIÓN CIENTÍFICA  
ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE HISTORIA MODERNA (1992)

VOLUMEN II

459273 000001 # 21 7317

LEÓN CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ  
CARMEN M<sup>a</sup> CREMADES GRÑÁN  
(Eds.)

94(460)"15/17"

mentalid

459273000001

# MENTALIDAD E IDEOLOGÍA EN EL ANTIGUO RÉGIMEN

II REUNIÓN CIENTÍFICA  
ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE HISTORIA MODERNA  
1992

VOLUMEN II



23 ENE 1995

UNIVERSIDAD DE MURCIA

R. 32.016

## CONSIDERACIONES SOBRE LA MUERTE EN LAS COFRADÍAS DE ÁNIMAS DE LA CIUDAD DE GRANADA

Miguel Luis López Muñoz  
Universidad de Granada

Las fuentes notariales se han convertido en fundamentales para el estudio de ese momento crucial y último de la vida de los hombres que es la muerte<sup>1</sup>. Otro tipo de fuentes, no obstante, aportan interesantes informaciones sobre la concepción de ese momento. Tal es el caso de la literatura, sobre todo religiosa, tan abundante en la Edad Moderna, o de la documentación de cofradías y hermandades, por cuanto la atención al hermano enfermo, moribundo y difunto constituía una de sus principales finalidades. Precisamente en la importancia de las cofradías tituladas de ánimas, en sus fundamentos y actos de culto, como mecanismos modeladores de la concepción cristiana de la muerte entre los hombres, se centrará esta comunicación.

Por su misma advocación, el objeto de su culto son las ánimas del purgatorio. La aparición del Purgatorio en el terreno espiritual corresponde al siglo XII, entendido como «un más allá intermedio en el que algunos muertos sufren una prueba que puede llegar a acortarse gracias a los sufragios —a la ayuda espiritual de los vivos—»<sup>2</sup>. El «nacimiento del purgatorio» se sitúa precisamente en un siglo en que «fue más fuerte la presión del folklore sobre la cultura erudita, en el que la Iglesia estuvo más abierta a ciertas tradiciones que a lo largo de la alta Edad Media

---

1 La muerte es un tema de gran interés para la historia de las mentalidades colectivas, por ser un «momento privilegiado de la existencia... rodeado por toda una red de enmascaramientos, fintas, tabúes, y a la inversa, creaciones fantásticas o comportamientos mágicos» (VOVELLE, Michel: *Ideologías y mentalidades*. Barcelona, 1985, p. 101). La historiografía francesa fue pionera en esta senda. La producción española comienza a ser importante (vid. GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo: «Actitudes ante la muerte, religiosidad y mentalidad en la España moderna. Revisión historiográfica», *Hispania*, nº 176 (1990), pp. 1.073-1.090).

2 LE GOFF, Jacques: *El nacimiento del Purgatorio*. Madrid, 1985, p. 14. Se trata de un más allá intermedio, aunque desplazado en sentido ascendente, esto es hacia el Paraíso, como meta a conseguir, respecto al cual el Purgatorio constituye la antesala.

había destruido, ocultado o ignorado»<sup>3</sup>. La actitud papal vino a reforzar una creencia tan sugestiva. El primer pontífice que aceptó y divulgó sin reservas el purgatorio fue Inocencio III (1198-1216), aunque habrá que esperar hasta Bonifacio VIII para la concesión de indulgencias a las ánimas del Purgatorio con motivo del año jubilar de 1300<sup>4</sup>.

Atendiendo a sus implicaciones mentales, el purgatorio era una consecuencia inevitable del esquema premio-castigo aplicado al alma tras la muerte; y como tal una más de las obsesiones humanas en torno a la muerte. Por eso se incorporó por la religión católica a las prácticas funerarias, pues desde la Edad Media, en Occidente «la muerte es una ceremonia pública y organizada. Organizada por el propio agonizante que la preside y conoce su protocolo»<sup>5</sup>.

Trento ratificó la creencia como dogma, aunque obviando profundizar en asuntos tales como la localización del purgatorio y las penas que en él se aplican a las ánimas:

«Habiendo la iglesia Católica,... enseñado... que hay Purgatorio; y que las almas detenidas en él reciben alivio con los sufragios de los fieles y en especial con el aceptable sacrificio de la misa; manda el santo Concilio á los Obispos que cuiden con suma diligencia que la sana doctrina del Purgatorio recibida de los santos Padres y sagrados concilios se enseñe y predique en todas partes y se crea y conserve por los fieles cristianos. Exclúyanse empero de los sermones, predicados en lengua vulgar á la ruda plebe, las cuestiones muy difíciles y sutiles *que nada conducen á la edificación* y con las que rara vez se aumenta la piedad. Tampoco permitan que se divulguen y traten cosas inciertas ó que tienen vislumbres é indicios de falsedad. Prohíban como escandalosas y que sirven de tropiezo á los fieles las que tocan en cierta curiosidad ó superstición, ó tienen resabios de interes ó sórdida ganancia»<sup>6</sup>.

Esa actitud no pudo desarraigar concesiones a lo imaginario, de las que fueron protagonistas las mismas cofradías de ánimas. Además la Iglesia extendió su poder, ejerciendo su influencia no sólo sobre la Iglesia militante, sino también sobre la llamada Iglesia purgante, con la concesión de gracias espirituales e indulgencias, que se extendieron con notable profusión durante la Edad Moderna.

En una sociedad sacralizada, imbuida de principios religiosos, comunes —incluso por medio de la coacción— para todos los miembros de la comunidad, las cofradías de ánimas, cuyos fundamentos espirituales se han esbozado, alcanzaron gran extensión y popularidad. Nos ocuparemos de la visión del purgatorio que difundieron y del culto que ofrecieron a las ánimas, dejando al margen aspectos tan sugestivos como la atención funeraria al hermano difunto<sup>7</sup>.

3 En *ibidem*, p. 25.

4 «Concedió a los peregrinos de Roma la indulgencia plenaria, la completa remisión de los pecados que hasta entonces no se había otorgado más que a los cruzados y extendió el beneficio de la indulgencia a los difuntos, es decir a las almas del Purgatorio», paso cualitativamente decisivo en la posibilidad para los vivos de liberar a las almas del purgatorio (*ibidem*, p. 379).

5 ARIES, Philippe: *La muerte en Occidente*. Barcelona, 1982, p. 25. Como queda de manifiesto en los testimonios de Ariès, la casa del moribundo se convertía en un *lugar público*, en el que convergían los familiares —incluso los niños—, amigos y hasta transeúntes.

6 En LÓPEZ DE AYALA, Ignacio: *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento...* Madrid, 1785, (2ª ed.), pp. 472-473.

7 Las prestaciones funerarias fueron comunes a todas las cofradías. De hecho, las cofradías constituyeron «instituciones garantizadoras del tránsito al más allá» (vid. SÁNCHEZ LÓPEZ, Juan Antonio: *Muerte y cofradías de Pasión en Málaga del siglo XVIII*. Málaga, 1990, pp. 58-61). Prevalecía, por tanto, «la creencia en una salvación

## LAS COFRADÍAS DE ÁNIMAS Y LA CONCEPCIÓN DEL PULGATORIO

Un informe de los beneficiados de la ciudad de Granada, realizado durante el segundo trimestre del año 1769 arrojaba una cifra total de veinte hermandades de ánimas, radicadas todas, con excepción de una sita en el convento dominico de Santa Cruz la Real, en iglesias parroquiales<sup>8</sup>. Su número total, sin embargo, ascendía a veintitrés, por lo que este grupo suponía algo menos del 15 % de todas las cofradías de la ciudad. Su vitalidad era importante y sólo en tres casos aparecía asociada a otras advocaciones o finalidades culturales: Hermandad del Santísimo y Ánimas de la parroquia de San Cristóbal, otra de igual título en la parroquia del Salvador y Cofradía del Corpus Christi, Ánimas y Misericordia.

Muchas de ellas tenían rentas, aunque no de gran cuantía. Once cofradías de ánimas granadinas figuran en el Catastro de Ensenada, obteniendo un total de casi 6.244 reales de ingresos brutos anuales, lo que viene a suponer tan sólo el 6,7 % de los ingresos reseñados en el Catastro para todas las cofradías de la ciudad. La media que determinan esos ingresos (casi 568 reales anuales por cada cofradía de ánimas) puede resultar engañosa si no se consideran las notables desigualdades entre algunas cofradías de parroquias del centro de la ciudad y de la franja periférica expansiva (la de San Gil con 1.455 reales; las de San Ildefonso, Santa Cruz la Real y San Cecilio en torno a los 800-900 reales) y las de la zona alta de la ciudad —Albaicín— (menos de 200 reales anuales en las de San José, San Juan de los Reyes o el Salvador)<sup>9</sup>. Sus ingresos procedían principalmente de fuentes intermitentes, como se verá más adelante.

El siglo XVIII fue, en todo caso, el siglo dorado para las cofradías de ánimas en toda España. En toda Andalucía, por ejemplo, de las 47 concesiones de indulgencias papales en favor de cofradías en el período 1775-88, más de la cuarta parte eran para hermandades de ánimas, que fueron las más beneficiadas en concesión de gracias espirituales en ese espacio de tiempo<sup>10</sup>.

Precisamente en relación con las gracias espirituales se concreta el papel de las cofradías de ánimas en la creencia del purgatorio: la posibilidad de contacto —en forma de ayuda espiritual— entre los fieles que se encuentran a uno y otro lado de la muerte. Es un espíritu de ayuda, cuando no de necesidad recíproca, que se halla en el origen de las hermandades de ánimas; una especie de pacto entre partes: los cófrades y las ánimas del purgatorio. He aquí la consideración al respecto del preámbulo de las reglas de la Hermandad de Ánimas de la iglesia del Sagrario de Granada:

«Considerando las crueles penas que padescen las ánimas de los fieles difuntos en purgatorio, y como ellas por sí mismas no se pueden ayudar ni tienen otro remedio

condicionada por los ritos post-mortem» (GONZÁLEZ CRUZ, David y LARA RÓDENAS, Manuel José: «Actitudes ante la muerte en los hospitales sevillanos. El Hospital de las Cinco Llagas (1700-1725)», en ÁLVAREZ SANTALO, C.; BUXO, M<sup>a</sup> J. y RODRÍGUEZ BECERRA, S. (coords.): *La religiosidad popular*. Barcelona, 1989, vol. II, p. 299).

8 En A(rchivo de la) P(arroquia del) Sag(rario), leg. 28. Los arzobispos acentuaron su carácter parroquial y así lo comunicaron a Roma: «confraternitas pro Animabus Purgatoris, ad curanda earum sufragia tumulandaque defunctorum corpora» (Relación *ad limina* del arzobispo Ascargorta en 1699, en A(rchivo) S(egreto) V(aticano), S. Congr. Concilii, Relationes, leg. 370 B).

9 En A(rchivo de la) R(eal) Ch(ancillería de) G(ranada), Catastro, Granada —Eclesiástico, libros 311 a 314. Una elaboración de los datos que contiene la fuente catastral puede verse en LÓPEZ MUÑOZ, Miguel Luis: «las cofradías y hermandades de la ciudad de Granada en el Catastro de Ensenada», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, Segunda Época, n<sup>o</sup> 5 (en prensa).

10 Según un Statum Privil. Concepts. Confraternitatibus Congregationibus et Sodalitiis pro Missis... en A.S.V., Indulgentie et Reliquie, Varia, Fasc. 6.

para salir de las penas en que están, si no es la sagrada Pasión de nuestro Señor Ihesu Christo y el thesoro de su preciosa sangre y de los méritos y plegarias que por ellas haze la sancta Madre Iglesia, madre nuestra, y las oraciones y obras pías que por ellas hazen los fieles christianos. Y porque quando (h)an purgado sus pecados van a gozar de la esecia divina en la compañía de los sanctos, (h)an este poder de rogar y *ruegan a Dios nuestro señor por todos en general y en particular por todos aquellos que en este mundo rogaron a Dios nuestro señor por ellas*»<sup>11</sup>.

Incluso a veces hicieron suyas las creencias más populares sobre las penas del purgatorio, como queda de manifiesto en el preámbulo de las reglas de la Hermandad de Ánimas de la parroquia de San José (1692):

«Considerando las *grandes penas y tormentos* que padezen las Benditas Animas de el Purgatorio, que según doctrina de todos los Sanctos son *maiores que los tormentos que padeçieron los mártires* y los que padezerán *hasta la final del mundo* y que ellas no se pueden valer ni socorrer por no estar en estado de merezer ni satisfazer, porque no son viadoras y que nezesitan de sufragios y otros sacorros y en especial de el inefable y sagrado sacrificio de la *misa*, a donde se ofrezce a Christo, nuestro Señor, el qual le es el más azepto en meritoria satisfacción de aquellas culpas que *purifica el fuego* y que las esperanzas de los muertos pueden trocar en posesiones de gloria los vivos en *oraciones, ruegos y limosnas* y que esto depende de las que los fieles devotos hazen»<sup>12</sup>.

La creencia en esa relación transaccional estaba muy extendida, gracias en parte a la iniciativa papal, aunque la Curia era cautelosa en las concesiones, que por lo general se otorgaban sólo a título particular. Sacar ánimas del purgatorio se convirtió en cuestión de conciencia y a veces de estado. Los reinos de Aragón y de Navarra gozaban desde antiguo de la gracia de que cada fraile pudiese celebrar en el día de los difuntos tres misas y cada clérigo dos, sacando ánima en cada una de ellas. En 1664 la reina pidió imperiosamente a Roma la extensión de ese beneficio al reino castellano, punto considerado por el ministro de Su Santidad como «materia sumamente dificultosa»<sup>13</sup>. En las misas encargadas por las Cortes de Castilla la pre-

ocupación por las ánimas fue cada vez mayor: trescientas misas en favor de los difuntos en las Cores de 1594, que se convirtieron en mil en las de 1655<sup>14</sup>.

Ahora bien, la costumbre más popular en este sentido fue sin duda la de los altares privilegiados de ánimas, que se concedían por el papa para cada iglesia con renovación heptanual. Muchas cofradías lo obtuvieron de forma particular, como ocurrió con la Hermandad del Santísimo Sacramento de la parroquia de San José, por gracia de Benedicto XVI en enero de 1754:

«Siempre que qualquier sacerdote, secular o regular, celebrare misa de difuntos en el dicho altar en el día de la commemoración de ellos y en todos y cada uno de los de su octava, y fuera de ella en un día de cada semana de todas las del año —cada lunes, según costumbre— ..., por el alma de cualquier hermano o hermana de la dicha hermandad que huviere muerto en gracia de Dios, la dicha alma... se libre de las penas del purgatorio»<sup>15</sup>.

Para el conjunto de la ciudad, el privilegio papal fue continuo desde la segunda mitad del siglo XVIII —iniciado por el arzobispo Barroeta y Angel desde su llegada a la sede granatense—, concedido a las iglesias parroquiales y colegiales de Granada y su diócesis por el papa Clemente XIII en el año 1760, y continuado después de siete en siete:

«En el citado Breve se Nos concede facultad para señalar por una vez en cada Iglesia de las referidas un Altar en el que, celebrando Misa de difuntos algún sacerdote secular o regular por el alma de cualquier fiel cristiano que haya muerto en gracia de Dios, consiga la misma alma indulgencia del tesoro de la Iglesia por modo de sufragio, de suerte que sufragándole los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, de la Beatísima Virgen María y de todos los santos se libre de las penas del Purgatorio»<sup>16</sup>.

Por lo general, se designaba a tal efecto el altar mayor de cada iglesia (donde solía celebrar sus funciones la hermandad de ánimas), aunque el arzobispo se reservaba la designación de otro distinto. El altar debía ostentar una inscripción o tablilla que hiciera constar su naturaleza de altar privilegiado.

Las condiciones para el correcto uso de dicho privilegio eran bastante estrictas. A los sacerdotes se les recordaba que la misa podía celebrarse cualquier día «de Rito doble, Domingos, y Octavas cerradas, celebrándola conforme al rezo del día, y en los semidobles de Requiem, menos quando estubiese expuesto el Santísimo Sacramento, pues en este caso no

ración de los difuntos y los otros siete siguientes en la yglesia que su Magestad nombrase con cada misa se sacase una ánima de purgatorio y ... haverse acabado el tiempo desta yndulgencia (que sólo se concedió por diez años)», por lo que se pedía la correspondiente prórroga, concedida el 1 de octubre de 1635 (A.G.S., Estado, 3.000).

14 En un proceso ascendente desde los tiempos de Felipe II (EGIDO, Teófanés: «Religiosidad popular y Cortes tradicionales en Castilla», en ÁLVAREZ SANTALO, C.; BUXO, M<sup>a</sup> J. y RODRÍGUEZ BECERRA, S. (coords.): *La religiosidad popular*. Barcelona, 1989, vol. II, pp. 99-100).

15 En A.P.S. José, leg. 31. No debe confundirse el altar privilegiado de ánimas con los populares retablos de ánimas, por lo general callejeros, instalados para recordar al transeúnte la necesidad de orar por las ánimas (vid. algunos ejemplos sevillanos en PEDREGAL, Luis J.: «La devoción de las Ánimas, en Sevilla», *Archivo Hispalense*, n<sup>o</sup> 7 (1946), pp. 191-204).

16 Según se contiene en edicto impreso, del arzobispo Álvarez de Palma de 22 de agosto de 1829 (en A.P.S. José, leg. 24). Las renovaciones fueron continuadas; se conocen edictos correspondientes a las de 1781, 1816 y 1830. La práctica se había hecho extensiva a la Iglesia universal por decreto de Clemente XIII fechado en 19 de mayo de 1759.

11 En B(iblioteca) N(acional), *Manuscritos*, 18.451. En términos parecidos se expresa la regla de la Hermandad de Ánimas de San Matías (1682): «para sólo el fin del bien y descanso de las Benditas Animas que padecen en las vigorosas penas del Purgatorio, empleándose con especialísimo cuidado todos cuantos hermanos en ella se alistaren en procurar su alivio, llevando con todo cuidado y obediencia las cargas de dicha Hermandad para que por medio de los santos sacrificios y sufragios que se (h)an de ofrecer, sean reservados de sus penas y llevados a gozar del eterno descanso, donde como bienaventuradas, *mostrando su agradecimiento*, pidan a la Divina Magestad perdone los pecados de sus bien(h)echores y les dé su santa gracia, conservándolos en ella (h)asta el fin» (A(rchivo) E(clesiástico de la) C(uria de) G(ranada), leg. 11 F(E), pza. 50).

12 Es ésta una declaración de principios sobre las ánimas del purgatorio en el ámbito de la religiosidad popular, bastante acabada en relación con las citadas anteriormente y en contraste con la actitud cautelosa de la Iglesia, pues se alude a la gravedad de los tormentos del purgatorio, a la naturaleza ígnea de los mismos, a la doctrina del doble juicio y a los valiosos medios al alcance de los vivos para aliviar y poner fin a los tormentos. El texto puede verse en A(rchivo de la) P(arroquia de) S(an) José, leg. 11 B. Las apariciones de ánimas fue un fenómeno muy extendido en las edades Media y Moderna. Los ideólogos pretendían que se interrogase a las ánimas sobre su identidad, estado en el purgatorio y sufragios necesarios para su purificación (vid. DELUMEAU, Jean: *El miedo en Occidente*. Madrid, 1989, pp. 125-126).

13 Carta fechada en 18 de agosto de 1664 (en A(rchivo) G(eneral de) S(imancas), Estado, 3.037). Ya con anterioridad, «a ynstancias de la Reyna nuestra señora concedió su Santidad el año de 1634 que el día de la conmemo-

podrá usarse de Ornamento negro, y deberá decirse la Misa del Santo del día»<sup>17</sup>. Además, el celebrante debía estar en posesión de la bula de la Santa Cruzada. Esa práctica se popularizó entre las hermandades de ánimas, pero no fue la única.

## EL CULTO EN LAS HERMANDADES DE ÁNIMAS DEL PURGATORIO

La nueva creencia del purgatorio vino a unirse a las prácticas y actitudes funerarias cristianas, manifestadas desde los primeros tiempos de la Iglesia, si bien con ciertos tintes paganos, como los banquetes o los velatorios. La institucionalización de los ritos fúnebres por parte de la Iglesia se rastrea a partir del siglo X: «el abad Odilón de Cluny comenzó a celebrar la *Conmemoración de los fieles difuntos*, que muy pronto se extendió desde Francia a toda Europa, asentándose regularmente entre las celebraciones litúrgicas de la cristiandad»<sup>18</sup>.

Entre las cofradías de ánimas, la fiesta principal se celebraba en la festividad de Todos los Santos, el día primero del mes de noviembre, o algún día de su octava, generalmente el domingo. Algunas constituciones explicitan con detalle la celebración: «sea la fiesta solemne, con diácono y subdiácono y que el sábado ante(s) se digan las vísperas de la dicha fiesta muy solemnes»<sup>19</sup>, aconsejándose que se guardase respetuoso silencio. También era común que las celebraciones religiosas continuaran el día siguiente, dedicado especialmente al recuerdo de los difuntos. Así, la función principal de la Hermandad de Ánimas del Sagrario consistía en vigilia cantada en la tarde del día de los Santos y al día siguiente misa cantada, en la que no faltaba la simbología funeraria, en forma de tumba<sup>20</sup>.

La proximidad de ambas festividades y el incremento del culto a las ánimas del purgatorio motivaron la aparición de la forma cultural más genuina de estas hermandades: el octavario de ánimas (en el mes de octubre, de domingo a domingo), que en la práctica se convirtió en novenario, al culminar con la función del lunes siguiente<sup>21</sup>. Disputas diversas se generaron entre cofradías, sobre todo las de San Matías y el Sagrario, por la fecha del octavario, especialmente cuando éste se solemnizaba con el Santísimo manifiesto<sup>22</sup>.

También había cultos a las ánimas semanalmente: las misas de los lunes. Son una muestra de la atención continua, como medio de aliviar las penas del purgatorio. Ya con la festividad de difuntos, octavario y misas de lunes se ofrecían en toda la ciudad multitud de misas por las ánimas. Pero aún hay que añadir todas aquellas que la devoción de los cófrades y devotos costeaba a lo largo del año. Por ejemplo, la Hermandad de Ánimas de Sta. María Magdalena encargó en 1763 la cantidad de 5.910 misas en sufragio por las ánimas; «para este efecto se

recogen todos los años por los hermanos de dicha Hermandad y de la piedad de los fieles de 24 a 26.000 reales. Costea en dicha iglesia misas de mayor estipendio en todos los días festivos del año, comenzando éstas a celebrarse desde las 3 de la madrugada en el verano y desde las 4 en el invierno, hasta las doce del día, y en cada uno se celebran 40 misas poco más o menos»<sup>23</sup>.

El encargo de tantas misas y funciones precisaba de unos ingresos suficientes, que por lo general provenían de demandas callejeras, tanto diurnas como —las más características de las cofradías de ánimas— nocturnas. A éstas se les solía denominar demandas «de farol» (para distinguirlas de las diurnas o «de bastón») <sup>24</sup>. También poseían una especie de monopolio sobre la petición de aguinaldos durante el Adviento, lo que sancionaban las leyes del reino, privilegio que defendían celosamente como se desprende este testimonio de 1819:

«Contra lo prevenido en las Leyes del Reyno han observado que varios hermanos de los Rosarios salen en perjuicio de las Animas a pedir por las calles los aguinaldos con instrumentos, apellidándose algunos ser Animas de la Parroquia... y en consideración a que esta regalía está permitida a aquéllas por quanto su producto y las limosnas que se recojen se invierten en las misas que celebran...»<sup>25</sup>.

Y es que las ánimas eran un buen señuelo para pedir limosna. Con ellas costeaban las hermandades el culto y, como elemento de éste, la cera, consumida en abundancia. En la Hermandad de Ánimas del Sagrario su precio se establece de forma fija: una libra de cera equivale a un real. La cera era ciertamente cara, pero necesaria, ya que constituía la «(h)azienda de las Ventitas Ánimas, que (h)a de ir a más y no a menos». Por esta razón, en algunas hermandades, los cargos salientes debían dejar cierta cantidad de cera de aumento, como ocurría con las Ánimas de San José. La cera nueva solía estrenarse cada año en el octavario de ánimas, como hacían las hermandades de las parroquias de San Matías y de Santiago.

Poco quedaba ya de otras prácticas populares medievales en torno a las ánimas. Las procesiones de ánimas prácticamente se habían perdido, aunque se conservaban en algunos lugares, como las establecidas por las reglas del Hospital de Jesús Nazareno de Córdoba (1693):

«Todos descalzos, llebando una cruz cada uno sobre el hombro, una mordaza de un hueso de difunto en la boca o otra mortificación según su voluntad y una corona de espinas en la cabeza»<sup>26</sup>.

En Granada sí se conservó alguna procesión por la nave de la iglesia con responso, como

17 En A.P.S. José, leg. 24.

18 GIORDANO, Oronzo: *Religiosidad popular en la Alta Edad Media*. Madrid, 1983, p. 121.

19 Regla de las Ánimas del Sagrario; en B.N., *Manuscritos*, 18.451.

20 Según un capítulo añadido en 1541: «sean obligados a estar presentes aquel día a la misa y andar con la procesión hasta que se acaben los responsos y el día antes a las vísperas, encendiendo la cera a sus tiempos» (en B.N., *Manuscritos*, 18.451).

21 He aquí, como ejemplo, lo dispuesto por la Hermandad de Ánimas de San Matías: «Que en el mes de noviembre, después del día de los finados, se (h)a de celebrar un octavario de honras... que empiece en el domingo siguiente o el que pareciere al dicho rector y acabe en otro domingo para que con la fiesta hordinaria del lunes siguiente sea nobenario» (A.E.C.G., leg. 11F(E), pza. 50).

22 Durante el año 1816 ocho hermandades de ánimas participaron en la distribución del Jubileo Circular de las XL Horas: las de las parroquias de San Matías, Sagrario, Magdalena, Stos. Justo y Pastor y San Andrés en el mes de noviembre; las de las Angustias, Salvador y San Nicolás en el de diciembre (A.E.C.G., leg. 139F, pza. 25).

23 LACHICA BENAVIDES, Antonio de: *Gazetilla curiosa o Semanero granadino*. Granada, 1764, papel XXXII, hoja 1.

24 Sobre su utilidad hablan las constituciones de la Hermandad de Ánimas de La Magdalena: «en la dicha parrochia (h)ay todo el comercio de los mesones desta ciudad, donde a la dicha (h)ora están recoxidos los forasteros, que son los que principalmente ayudan para las misas; y así se practica en otras parrochias, como la de Ntra. Señora de las Angustias y en otras ciudades, como en la de Sevilla, Toledo y Madrid»; en A.E.C.G., leg. 16F(A), pza. 3(2). Comenzaba la colecta nocturna tras el toque de oración o de ánimas, recogiendo mucho entre los forasteros, que solían encomendar sus viajes a las ánimas.

25 En A.R.Ch.G., 321-4373-15.

26 Era una procesión claustral, celebrada en la noche de los lunes en los tiempos de Adviento y Cuaresma (A.E.C.G., leg. 94F, pza. 11). Vid. en LÓPEZ MUÑOZ, Miguel Luis: «La fundación del Hospital del Divino Pastor de Ugijar y su relación con el Hospital de Jesús Nazareno de Córdoba», en *Actas del Congreso Internacional «Cristóbal de Santa Catalina y las cofradías de Jesús Nazareno»*. Córdoba, 1991, vol. I, p. 243.



hacía la Hermandad de Ánimas del Sagrario. En San Matías se celebraba todos los lunes, con visita al cementerio parroquial:

«Después, en forma de procesión, llevando los hermanos las dichas luces, se (h)an de cantar dos responsos en la iglesia y otros dos en los zementerios, saliendo por una puerta y entrando por la otra»<sup>27</sup>.

En cada parroquia, la hermandad de ánimas ejercía una especie de monopolio espiritual sobre las ánimas de los difuntos enterrados en el perímetro de su feligresía. Así se desprende de la petición de la Hermandad de Ánimas de la parroquia de las Angustias, en junio de 1690, para comprar un terreno en el callejón del Pretorio, donde, con motivo de las pestes de los años anteriores, se habían enterrado muchos cadáveres. El pretexto era que el camposanto «estaba yndezente y que en los hoios donde se enterraron los difuntos se cometían muchos pecados y que el dueño de dicha tierra la quería bender para ebitarlo»<sup>28</sup>.

Una vez adquirido el terreno, en 1693 se pretendía edificar un templo propio:

«La dicha hermandad con licencia del antezesor de vuestra merced (h)a comprado el sitio y tierras del Carnero, donde se (h)an enterrado los fieles difuntos en la epidemia que esta ziadud padejó el año de setenta y nueve, que está a espaldas del combento de señor San Basilio, extramuros de esta ciudad, para zercarlo y emparejar los (h)oios que (h)abían quedado abiertos y con efecto de dicha hermandad tiene zercado el dicho canpo santo con el desi(g)nio de haçer una capilla»<sup>29</sup>.

El arzobispo don Martín de Ascargorta concedió la licencia, aunque con algunas restricciones para preservar la jurisdicción ordinaria.

El cuidado de los cementerios de la feligresía —no sólo el parroquial— parece generalizado. La Hermandad de Ánimas de la parroquia de Santa Ana tenía todavía a comienzos del siglo XIX la costumbre de visitar el cementerio de la Churra, con origen en una epidemia, y el lugar donde se ajusticiaba en la Plaza Nueva; costumbre que defendió en 1817 frente a la contradicción del teniente de cura de la parroquia<sup>30</sup>.

Las actividades de las hermandades de ánimas en relación con los cementerios hubieron de cambiar a tenor de la legislación ilustrada en esa materia. En Granada, el presidente de la Real Chancillería, don Juan Mariño de la Barrera, decretó un auto fechado en 16 de abril de 1788 por el que creaba una comisión encargada de analizar la situación de los enterramientos parroquiales,

al ser informado de que «muchas iglesias parroquiales de esta ciudad carecían de enterramientos, y que aunque otras lo tenían, ocupaban sitios perjudiciales a la salud pública»<sup>31</sup>.

La curia diocesana reaccionó con bastante lentitud ante la orden de construcción de nuevos cementerios extramuros de la ciudad, para lo que se habían señalado tres lugares apropiados: el haza del Carnero en el camino de Fajalauza, a la que se adscribirían los enterramientos de las parroquias del Albaicín y otras limítrofes (S. Luis, S. Gregorio, S. Nicolás, S. Bartolomé, S. Cristóbal, S. Miguel, El Salvador, S. Ildefonso, S. Andrés, Santiago y Stos. Justo y Pastor); el sitio llamado de las Barreras, a espaldas del convento de los Mártires, para las parroquias más orientales de la ciudad (Sta. María de la Alhambra, S. Cecilio, Stos. Pedro y Pablo, S. Juan de los Reyes, S. José, Sta. Ana y S. Gil), y los terrenos colindantes con la ermita del Santo Sepulcro en el cerro de los Rebites, para las feligresías más meridionales (Ntra. Sra de las Angustias, S. Matías, Sta. María Magdalena, el Sagrario y Sta. Escolástica)<sup>32</sup>. Los dos primeros lugares ya habían desempeñado el papel de cementerios con ocasión de las epidemias de peste.

Durante la ocupación francesa, la comisaría general apremió al cumplimiento de esa legislación. Un decreto de 25 de septiembre de 1810, por ejemplo, instaba a no ejecutar «exequias por cadáver que no estubiere depositado en el cementerio», a la vez que a «mazizar con obra de manpostería todas las embocaduras de las bóvedas de los templos»<sup>33</sup>. Ciertamente esa legislación vino a desnaturalizar a las cofradías de ánimas.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Es evidente que el culto a las ánimas fue uno de los más populares. Las prácticas de las cofradías de ánimas permiten profundizar en las creencias extendidas al respecto. Frente al resto de las cofradías, las de ánimas eran las únicas que no tenían por titular a persona revestida de santidad (Jesús, María y santos). Ello las hacía ligeramente diferentes de las demás. En muchas ocasiones se consideraron como santas las almas del purgatorio, al menos en potencia; de hecho el purgatorio se encontraba espiritualmente desplazado hacia arriba, hacia el *cielo*.

En ese sentido la relación de los cófrades con su titular, que por lo general puede definirse en términos de alabanza-intercesión, en el caso de las cofradías de ánimas se convierte más bien en una relación de socorro-mediación, esto es de auxilio mutuo, permitiendo el aludido pacto entre partes. La relación era más estrecha si se considera que las ánimas por las que se oraba habían convivido con sus intercesores, por lo que las relaciones de sangre y amistad, unidas al deber de conciencia, harían tanto más efectiva la mediación final, de tipo espiritual: las almas ya purificadas intercediendo por sus benefactores, tanto en vida como después de ella. Tales creencias comenzaron a desarraigarse en la segunda mitad del siglo XVIII.

El culto de las ánimas casaba mal con la religiosidad de los ilustrados, no ya por el distanciamiento de estas prácticas de los dominios de la razón, sino sobre todo por la vaciedad

27 En A.E.C.G., leg. 11F(E), pza. 50. Los domingos del octavario se repetía la procesión, aunque solemnizada con capilla de música.

28 A.E.C.G., leg. 108F, pza. 2. «Dentro del mundo parroquial, los difuntos, la otra mitad de la feligresía, de la parroquia, de la cofradía, tenían un código preciso para comunicar con los vivos» (MANTECON MOVELLÁN, Tomás Antonio: *Contrarreforma y religiosidad popular en Cantabria*. Santander, 1990, p. 98). A veces se ofrecían disciplinas y otros sacrificios por las ánimas.

29 A.E.C.G., leg. 108F, pza. 2. Apoyaba esa petición el clero parroquial, según lo manifestaron los beneficiados don Antonio González y don Antonio de Morales Hondonero, en informe fechado en 31 de agosto de ese año.

30 A.E.C.G., leg. 14F(A), pza. 27. La costumbre se justificaba principalmente por la ejemplaridad ante los fieles de la parroquia: «es indispensable sostener la devoción y que... contribuya en gran manera que los feligreses vean los actos de piedad y sufragios que se dispensan a las almas de sus hermanos difuntos y con esta única idea sin otro deseo que el de que no decaiga el fervor».

31 En A.P.S. José, leg. 28. El auto respondía a la real cédula sobre cementerios promulgada el 3 de abril de 1787.

32 Los informes se realizaron en 1805, tras la mortandad causada por la fiebre amarilla el año anterior. También se estudió otro terreno en el Cercado Bajo de Cartuja. El cementerio de las Barreras es antecesor del actual, llamado de San José (vid. por extenso en DÍAZ GUERVOS, M<sup>a</sup> Isabel y DÍAZ GARCÍA, Amador: «Notas sobre la historia del cementerio de Granada», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, Segunda Época*, n<sup>o</sup> 2 (1988), pp. 177-195, y también AL-GARNATHI: «Los cementerios de Granada», *La Alhambra*, 1902, pp. 1.047-1.051).

33 En A.P.S. José, leg. 24.

de que adolecían<sup>34</sup>. La acerada crítica de Blanco White no pudo pasar por alto una creencia tan arraigada como la de las ánimas del purgatorio:

«En tanto que los otros artículos de la fe son demasiado abstractos para las almas infantiles, su espíritu tierno y afectuoso —de los creyentes españoles— asimila con interés la idea del fuego del purgatorio. Pensar que un padre o un hermano, todavía bueno para con ellos desde el otro mundo, está padeciendo penas terribles que pueden ser aliviadas, acortadas o definitivamente terminadas con nuestros sacrificios y oraciones es algo que se adapta perfectamente a la mentalidad infantil»<sup>35</sup>.

También la jerarquía eclesiástica comenzó a ordenar algunas prácticas abusivas en torno a las ánimas, primero tímidamente bajo el arzobispo Barroeta. Por ejemplo, en 1773, reclamaba mayor atención de los mayordomos y hermanos mayores para evitar que en entierros y funciones de difuntos se acercasen continuamente jóvenes «guiados de la codicia de recoger la cera que se destila de las (h)achas»<sup>36</sup>. Tres años antes, había prohibido las representaciones de Ntra. Sra. de la Luz (en «estampas, pinturas y medallas, que... en acción de sacar una alma de la boca del Dragón Infernal se hallaren, y las Novenas, Devocionarios y otros Libros alusivos a semejante acción»), que en Granada se veneraba con hermandad propia en la iglesia parroquial de San Luis, siguiendo un decreto de la Congregación de Ritos de 27 de enero de 1742<sup>37</sup>.

Ya en 1779 el arzobispo Jorge y Galbán prohibía una de las costumbres más curiosas entre las cofradías de ánimas para recaudar fondos: la rifa de ánimas, pues «ha llegado la iniquidad al doloroso extremo de rifar abrazos de hombres a mugeres»<sup>38</sup>. En 1787 prohibía en un edicto el montaje de lujosos túmulos «con armas y adornos de vanidad», por parte de cofradías y particulares, extremo que sólo se reservaba a las personas reales. Además prohibía las demandas en el interior de los templos, ya fueran para las ánimas, ya para otras cofradías<sup>39</sup>.

Las misas de difuntos en general, y las de las hermandades de ánimas en particular, fueron

34 Recuérdense, por ejemplo, los versos de un ilustrado, no precisamente radical, como Forner: «Quizá ya no se oponen los delitos / al servicio de Dios, y tal vez éste / pide en la religión sólo los ritos.../ Así un logrero suspender procura / los rayos del Criador: dos velas bastan / ¿Roba? Para eso alumbra a una pintura» (cit. en CORONA BARATECH, Carlos E.: «La Ilustración», en *Historia General de España y América*, Barcelona, 1983, vol. X-1, p. 49).

35 BLANCO WHITE, José: *Cartas de España*. Madrid, 1972, p. 146.

36 Con fecha de 2 de abril de ese año (en A.P.S. José, leg. 24).

37 Con fecha de 14 de agosto de 1770 (A.P.S. José, leg. 24). Su aplicación, habida cuenta de los casi treinta años transcurridos desde el citado decreto de la Sagrada Congregación, no responde a deseos de ortodoxia doctrinal, sino a la intención de borrar todas las huellas jesuíticas en la sociedad hispana, ya que fue esa orden la propagadora del culto a María bajo la advocación de la Luz (vid. detenidamente en DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: «Campomanes, los jesuitas y dos hermandades madrileñas», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, III (1968), pp. 219-224). La confianza de la mediación de la Virgen en asuntos del purgatorio estaba muy arraigada. La Virgen del Carmen, por ejemplo, se erigió en abogada principal de las ánimas del purgatorio, según consta en las palabras que le dirigió personalmente al Papa Juan XXII en 1327, y que leemos en una patente de su Orden Tercera en Granada: «Yo, Madre de Misericordia y de Piedad, ofrezco asistir a los Religiosos, del Carmen y a sus Hermanos y Cofrades que trajeren mi Escapulario y con especial protección ayudaré a sus almas que fueren al Purgatorio, para que el Sábado después de la muerte de cada uno salgan y sean libres de las penas de él, y las llevaré al Monte Santo de la Gloria, para que sean colocadas en la Bienaventuranza»: en B(iblioteca de la ) U(niversidad de ) G(ranada), C-19-36, pza. 35.

38 Decreto de 14 de septiembre de 1779 (en A.P.S. José, leg. 24). La costumbre se describe con viveza en el artículo «Los bailes de los abrazos», en AFÁN DE RIBERA, Antonio Joaquín: *Fiestas populares de Granada*. Granada, 1885, pp. 179-184.

39 Fechado en 30 de enero de ese año (en A.P.S. José, leg. 24).

el blanco de los decretos del arzobispo Álvarez de Palma, con la intención de evitar que muchos sacerdotes celebrasen la misa con precipitación, en menos de veinte minutos:

«Lo cual no puede hacerse sin culpa grave, según la doctrina más fundada de los teólogos; porque ni la pronunciación de las palabras, ni la egecución de las ceremonias pueden desempeñarse en tan breve tiempo con la integridad, exactitud, modestia y magestad correspondientes a tan grave, sagrada y misteriosa función»<sup>40</sup>.

Los más radicales abogaron por la abolición de las cofradías de ánimas. He aquí el razonamiento del conde de Aranda: «si a los sufragios de la Iglesia se reconoce el infinito valor que se nos enseña, ociosas serán las cofradías de ánimas»<sup>41</sup>. De hecho, la Real Resolución de 25 de junio de 1783, siguiendo las directrices marcadas por el informe de los fiscales del Consejo, no mencionaban a las hermandades de ánimas entre las que debían perdurar (como las sacramentales). Sin embargo, el criterio de los ordinarios se impuso en este terreno, ya que siempre se asimilaron a las sacramentales por su carácter parroquial.

Los bienes de las cofradías de ánimas se vieron afectados también —aunque en muy corta medida, como en general ocurrió con las hermandades granadinas— por la llamada «Desamortización de Godoy», emprendida en 1798. Así, las casas de las Ánimas de San José (tres en total, con una renta mensual de 24 reales cada una, producto destinado «para las misas y sufragios que la Hermandad aplica por las Ánimas») se hallaban sin enajenar a fines de 1805<sup>42</sup>. Por otro lado, durante la ocupación francesa, el comisario de policía decretó en 26 de diciembre de 1810 la entrega de imágenes y todo tipo de enseres y alhajas de las cofradías a los respectivos párrocos, una vez extinguidas todas las hermandades.

Sin embargo, por su carácter parroquial, se contaron las de ánimas entre las cofradías restauradas, por iniciativa de las autoridades eclesiástica y civil, una vez consolidado el dominio napoleónico sobre la ciudad, como se desprende del decreto del Comisario General de Policía, don Antonio Falces, con fecha de 8 de agosto de 1811:

«Haviendo cesado las circunstancias políticas y militares que obligaron a fixar algunas restricciones, pueden restablecerse en las iglesias parroquiales las cofradías sacramental y de ánimas baxo la dirección y presidencia del párroco, admitiendo indistintamente a todos los feligreses que solicitaren plazas de cofrades, celebrando las funciones del culto según costumbre, pero en el interior del templo, sin mezclar anuncios ni aparatos exteriores y profanos»<sup>43</sup>.

40 Edicto fechado en 14 de enero de 1818 (en A.P.S. José, leg. 24). Por otra parte, sancionaba la solemnidad «barroca» de las funciones de culto, autorizando «las más expresivas señales exteriores de fervor y piedad, consiguientes al aparato magestuoso de las ceremonias, prescritas por la Iglesia como signos visibles por cuyo medio los fieles se exciten y eleven a la contemplación de las altísimas cosas invisibles contenidas en tan augusto Sacrificio». Según los datos ya citados, la Hermandad de Ánimas de La Magdalena debió encargar en 1763 una media superior a 16 misas diarias.

41 Representación presentada al Consejo de Castilla en 9 de agosto de 1773; en Archivo Histórico Nacional, *Consejos*, leg. 7.090.

42 Según informe del párroco don Salvador de Reyes, de 7 de diciembre de ese año (en A.P.S. José, leg. 28).

43 A.P.S. José, leg. 21. La decisión se completó con el reglamento promulgado por el gobernador eclesiástico de la diócesis, don Pablo Andeyro y Aldao, en febrero de 1812, que organizaba el funcionamiento de las cofradías sacramentales y de ánimas (en B.U.G., C-19-42, pza. 7).



Durante la primera mitad del siglo XIX tuvieron una nueva etapa de esplendor, pero más tarde entraron en la crisis definitiva que las llevaría hasta la desaparición. Un menor interés del clero parroquial y un cambio de concepción o de tolerancia de la Iglesia respecto a la creencia de las ánimas parecen haber influido en ello.